

Reseñas

DIPAOLA, ESTEBAN y NURIA YABKOWSKI, *En tu ardor y en tu frío. Arte y política en Theodor Adorno y Gilles Deleuze*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

Arte y política: de esto trata el libro de Esteban Dipaola y Nuria Yabkowski. O mejor aún, para expresarlo en términos deleuzianos, lo que muestran los autores es el devenir política del arte y el devenir arte de la política. Para llevar a cabo esta tarea exploran el pensamiento de Theodor Adorno y de Gilles Deleuze, tanto en sus puntos comunes como en sus aparentes discordancias.

Tras hacer un recorrido por los conceptos fundamentales de ambos filósofos, Dipaola y Yabkowski se ocupan de caracterizar al sistema capitalista como un mundo totalizante que ha expulsado la posibilidad de crítica. En términos de Adorno, las contradicciones se disimulan para establecer una supuesta conciliación. Sin embargo, para que el sujeto se emancipe de un sistema que lo subyuga es necesario mantener las contradicciones propias de aquel sistema, expresarlas en todo su horror y en todo su dolor. Esta la tarea que debe llevar a cabo el arte.

El papel del arte, en particular del cine, es similar en Deleuze. La crítica fue desterrada del sistema capitalista y por lo tanto hay que recuperar ese no-lugar. En términos de los autores del libro este concepto no se refiere al uso que se le da en la posmodernidad —en particular Marc Augé que considera no-lugares a los espacios de anonimato y constante circulación—, sino que es el espacio donde es dable encontrar lo que le fue negado al pensamiento: la diferencia, aquel resto que escapa al efecto universalizador del capitalismo y es por esta razón expulsado del mismo.

Contradicción y diferencia, solo así es posible combatir el movimiento totalizante del capitalismo, solo así es posible la crítica. Una crítica que es definida como permanente. “Crítica insurgente” en términos de Deleuze, “praxis dinamizadora” para Adorno. Crítica que no acaba con la superación de las contradicciones puesto que estas jamás se superan, ni si quiera con el Estado socialista. En efecto, es necesario que sea así, puesto que es la contradicción la que estimula el cambio y el perpetuo movimiento. Dipaola y Yabkowski recuperan en su trabajo las siguientes palabras de Mao Tse-tung. Por esto mismo, y porque la contradicción es lo que propulsa el desarrollo de los procesos y las cosas, es que la contradicción jamás desaparecerá. Se concluye así que puede haber contradicciones no antagónicas que impulsen los procesos de transformación de la sociedad, aun cuando los antagonismos ya no estén. De este modo, el socialismo no se presenta como una sociedad reconciliada, sino como una sociedad libre de antagonismos, pero siempre en constante movimiento (p. 128).

La crítica debe ser permanente para evitar el anquilosamiento de la sociedad y, más importante aún, debe ser total, es decir que se debe criticar —interpretar, hacer teoría— mucho más pero también mejor, lo que supone que la teoría devenga en praxis revolucionaria. Por último, para que esta crítica sea efectivamente liberadora debe ser capaz de ser crítica consigo misma.

La crítica es el espacio de la revolución y es por esto que resulta relevante que se recupere en este libro figuras tales como la de Lenin, pero en particular a Mao Tse-Tung puesto que no es frecuente encontrar autores que reivindiquen todo el potencial que sus tesis poseen aun en

la actualidad. La teoría de Mao atraviesa el libro desde su mismo título y es esta presencia *entre*, la que posibilita seguir reflexionando e interpretando a partir de una figura desechada por muchos intelectuales contemporáneos por parecerles un anacronismo.

Quizás, sería también pertinente recuperar la conexión implícita que se establece entre las ideas de “crítica permanente” postulada por Dipaola y Yabkowski y el concepto de “revolución permanente” de Lev Trotsky quien postula que “las revoluciones de la economía, de la técnica, de la ciencia, de la familia, de las costumbres, se desenvuelven en una compleja acción recíproca que no permite a la sociedad alcanzar el equilibrio”.¹ La conclusión a la que consiguen arribar los autores de *En tu ardor y en tu frío* se refiere al lugar que el cine debe ocupar dentro de un proyecto político emancipatorio cuyo eje es la recuperación de la diferencia, para lo cual es necesario centrarse en las singularidades. La totalidad es posible pero siempre que se trate de una totalidad de lo singular, del detalle. Una totalidad que no implica unidad, sino constelaciones de conceptos que se remiten unos a otros. Para los autores del libro esta es la tarea que el cine es capaz de llevar a cabo: “¿Qué es lo que expresa precisamente el cine? Pues, *la totalidad*. Pero en cada una de sus singularidades” (p.144).

Resulta particularmente valioso que este libro retome las tesis de Adorno y Deleuze en tanto proyectos políticos, proyectos que aún hoy en día siguen vigentes – a pesar de lo que el capitalismo tardío y la posmodernidad nos quieren hacer creer- que presentan una posibilidad de emancipación para el sujeto actual a través de un arte político, pero sobre todo a través de un arte revolucionario. Los autores sintetizan muy acertadamente esta postura política: Cuando entonces sostenemos que Deleuze y Adorno confluyen en un mismo proyecto político, no decimos otra cosa que esto: pensamiento de la no-identidad, de la diferencia y la multiplicidad, que van de la mano, en la medida en que responden a una concepción de la contradicción social que resulta irresoluble en la esfera del pensamiento, pero, además, se encaminan a una noción de arte como instancia de conocimiento, conocimiento de la no-identidad, de la diferencia, y por eso colocan al arte como momento que aun en su carácter claramente aporético, lleva en sí todo el potencial transformador de la crítica permanente y, a la vez, un potencial esencialmente creativo.

ROCIO FLAX

¹ Trotsky, Lev, *La revolución permanente*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2007, p. 28.